



SABER, EDUCACIÓN Y POLÍTICA

CRISOL

Exprés

LA NECIA REALIDAD (II)

No. 46



LA NECIA REALIDAD (II)

Can Ek

Creo que a nadie le queda duda de que la situación nacional para las grandes mayorías ha ido de mal en peor en los últimos años, quizá desde que el PRI abandonó en los hechos los ideales de la Revolución mexicana y fue cavando una distancia cada vez más y más grande entre el Estado y el pueblo.

La legitimidad de los gobiernos del *partidazo* era

innegable, pues reivindicaba el ancestral anhelo de justicia social que las grandes mayorías habían reclamado definitivamente y que buscaron con las armas en la mano. Eso le permitió establecerse como un partido de Estado que fincaba su derecho a gobernar en haber ganado la Revolución, como estandarte de la enorme masa popular que había participado en el conflicto



armado.

El éxito político vino acompañado de un éxito económico que condujo al país por la vía del desarrollo y de la relativa mejoría de los trabajadores del campo y de la ciudad. Por lo menos hasta mediados de los años 60 el crecimiento económico fue de más del 5% en promedio anual y el PRI se mantuvo como un

partido sin competencia real ni política ni ideológicamente. Durante el gobierno de Díaz Ordaz (1964-70) se dio un proceso de agotamiento del modelo que comenzó por detonar conflictos políticos importantes (como la inconformidad en el sector salud, la intensificación de la guerrilla con el ataque al cuartel Madera, los movimientos de Genaro Vázquez y Lucio



Cabañas, y, por supuesto, el movimiento multisectorial de 1968). Sin embargo, tuvieron que pasar dos sexenios más, de Echeverría y de López Portillo (1970-1982) para que el sistema se terminara de descomponer y finalmente, **en consonancia con las ideas predominantes en el mundo en aquel momento**, el partido hegemónico optara por un nuevo rumbo para conducir al país: el neoliberalismo.

Miguel de la Madrid, pero particularmente la gran promesa que en su momento representó el gobierno de Carlos Salinas

(no olvidemos *Solidaridad* y la firma del TLCAN), que terminó en una de las peores crisis contemporáneas, hicieron que finalmente, al desgaste político se uniera un agravamiento notable de las condiciones económicas que llevaron a que el pueblo mexicano se volcara en las urnas a buscar un cambio que significara una nueva redención, que ahora lo librara de las garras del priísmo ajado, corrupto, insensible e incapaz.

El 2 de julio del año 2000 la gente salió a votar masivamente, y por primera vez



en la historia contemporánea de nuestro país (tras 71 años de gobierno del partido emanado de la Revolución) reclamaba sus fueros y viraba hacia un **cambio** que, aunque prometía tener lugar en todas las esferas de la sociedad, lo lograría principalmente en la política y la económica. “El triunfo del candidato opositor descabezaba el arreglo político surgido a raíz [de la institucionalización de la Revolución], pues quedaba atrás la etapa del partido oficial y su vínculo con el presidente de la república en turno. [...]

De ese modo, el país entraba al nuevo siglo con un cambio fundamental, si bien **limitado a la esfera política. La esperanza era que ese cambio se tradujera en una mejoría sustancial de las condiciones de vida de la población.** (*Nueva Historia mínima de México*. p. 302). El PAN no pudo con la tarea. Solo por aportar algunos datos: la economía creció a tasas sumamente bajas, el desempleo se había ya convertido en el problema que hoy representa, y la capacidad adquisitiva del salario había disminuido en 73%



desde 1976, según datos de la misma fuente.

Doce años tardó el PAN en la presidencia de la república. “Entre 2000 y 2014 la economía mexicana creció a una tasa anual de 2.1%, lejos del ritmo alcanzado durante los años del milagro mexicano, cuando esa tasa fue mayor a 5% anual” (*ibid.* p. 305). Además a las crisis que hubo (2001 y 2009), el salario no mejoró sino que las condiciones se precarizaron aún más, permitiendo la subcontratación y la “flexibilidad laboral”; creció el trabajo informal o, como eufemísticamente se le dice: el “autoempleo”; la migración hacia Estados Unidos se disparó, y las grandes empresas obtuvieron

ganancias cada vez más y más jugosas, enconando cada vez más la desigualdad y generando más y más pobreza. En 2001 se estimaba que las fortunas de los 4 multimillonarios más ricos de México sumaban el 3% del PIB; en 2009 representaban ya el 9%. Por si fuera poco, en el ámbito político entramos en una vorágine de locura que todavía hoy sigue cobrando vidas inocentes y que es hoy uno de los principales demonios que se enseñorean en nuestra sociedad: la batalla contra el narcotráfico.

El PRI recuperó la presidencia en 2012 con un candidato carismático, y que, en términos generales, no había hecho tan mal papel



como gobernador del Estado de México. Pero su verdadera carta ganadora era que tenía el apoyo irrestricto del viejo PRI, agolpado en torno suyo y con todas las baterías enfiladas a recuperar la presidencia a como diera lugar.

Todos los que hoy somos adultos recordamos aún vivamente este gobierno, y lo que digan los libros y las estadísticas no se comparan con lo que vivimos en carne propia. **No solo en términos económicos las cosas están peor, aunque en realidad no están sustancialmente peor que desde que empezó el neoliberalismo en nuestro país.** En 2018, con su voto, el pueblo mexicano desterró, quizá por mucho tiempo, tanto al PRI como

al PAN de las altas esferas de la política. La impotencia y el coraje habían estado acumulándose a lo largo de generaciones entre casi todo el pueblo de a pie: entre los trabajadores formales y también los informales, entre los maestros, entre los estudiantes, entre las amas de casa, entre los migrantes, entre los oficinistas, entre los trabajadores del sector terciario, por supuesto entre los campesinos.

El gran capitalizador de toda esta inconformidad fue Andrés Manuel López Obrador, que había estado conteniendo por la presidencia de la república desde el año 2006. Y esto, ¿qué representa para México?

